

San Martín en Chile

Por JAIME EYZAGUIRRE

ALGUNOS años habían corrido desde la muerte del General San Martín, cuando un chileno trotamundos y de gran ingenio, D. Vicente Pérez Rosales, llegó hasta la casa que habitara el héroe en las inmediaciones de París y junto a las aguas del río Marne. Todo estaba allí dispuesto por los deudos del capitán andino como si éste estuviera aún realizando su vida normal. Ni un solo pueblo, ni un solo objeto habían sido removidos de su sitio, y en el "cuarto del Padre", como le denominaban con reverencia el verno Balcárcel y su mujer, se hallaba el catre de campaña donde rindió el postrer suspiro, y a su lado, en un velador, hasta los restos del último cigarro fumado por el triunfador de Maipo. La atmósfera era de recuerdo, de unción. Parecía que en ese sitio el tránsito del mundo se hubiera detenido para depositar su silencio y su respeto.

Pérez Rosales recorrió el cuarto con inmensa emoción y su vista se detuvo frente a los objetos más evocadores: el proverbial sombrero de hule y el sable corvo, con cadenilla. Allí estaba recogido un trozo de la historia de Chile. De esa historia aun fresca, cargada de azares y dolores, de alegrías y triunfos.

La conocía él como pocos, pues su edad se confundía casi con la de la patria independiente. Cada paso del Chile nuevo estaba ligado a su sangre y a su existencia. Desde el año 1810, en que su abuelo don Juan Enrique Rosales integró la primera Junta Nacional de Gobierno, la calma había huído del hogar para dejar sitio a las inquietudes del espíritu revolucionario. Los agitados debates del Congreso de 1814, los pronunciamientos de Carrera, las sucesivas invasiones de Pareja, Gainza y Osorio y el desastre de Rancagua, estaban presentes en su memoria. Después del fracaso de las armas patriotas, él, niño de siete años, vió sacar a su abuelo de su lecho de enfermo para ser conducido al presidio de Juan Fernández y arrastrar a su madre, doña Mercedes Rosales, a la cárcel, como a un delincuente común. Era el apogeo de la violencia política, y entonces para los vencidos no se alzó más que una esperanza: el ejército que tras los Andes preparaba con incansable tesón don José de San Martín, con el concurso generoso del modesto O'Higgins.

Estos nombres, musitados al principio en el secreto de las alcobas como conjuros mágicos, fueron corriendo de boca en boca y acabaron tomando cada vez más contorno, hasta transformarse en una realidad vigorosa y aplastante. El 12 de febrero de 1817 las armas del Rey eran vencidas en Chacabuco y las puertas de la ciudad de Santiago se abrían a los triunfadores San Martín y O'Higgins. Pocos días más tarde Pérez Rosales contemplaría por primera vez la faz morena y curtida del capitán de los Andes. Un suntuoso sarao ofrecido por doña Mercedes Rosales para festejar a los vencedores, congregó en su casa a lo más granado del ejército argentino-chileno y el jefe aguerrido pasó a ser, como era natural, el centro de toda la reunión. Sus brindis alegres, su cordialidad en el trato y el conmovedor acento de esa su voz baja y bien afinada con que al término de la fiesta hizo oír el himno de su patria, quedaron grabados para siempre en el recuerdo del joven Pérez Rosales.

Pasaron los años. San Martín ha marchado al Perú a encender allí la llama de la revolución. En Chile se siguen con apretado interés todas sus actuaciones, y luego se habla de sus triunfos, de sus dificultades y de sus desengaños. Pérez Rosales lo hallará de retorno en 1822 y lo verá también partir para siempre de la tierra que ayudó como nadie a libertar, con la amarga resolución de buscar en el voluntario ostracismo en Europa una paz para el espíritu que le negaban los nuevos pueblos soberanos de América. Como Bolívar, su heroico émulo del Norte, el capitán andino había comprobado muy pronto que tras la dulce palabra libertad se escondía la ensangrentada noche de la anarquía. Y sus ojos, que no tuvieron valor para contemplar el tremendo espectáculo fratricida, huyeron a refugiarse en el paisaje de Europa.

Un día del año de 1829, de paso por París, la melancolía le llevó a visitar el colegio que en la calle de Montreuil regentaba el liberal español D. Manuel Silvela, y donde recibían educación numerosos muchachos hispanoamericanos. Vestido de levita gris y apoyado en un grueso bastón, el vencedor de Maipo se abrió paso entre los rostros curiosos de los estudiantes, muchos de ellos hijos de amigos y de compañeros de armas. Habló con unos y con otros en su idioma afable y cautivador. Preguntóles sus nombres e inquirió con interés noticias de sus padres y de las patrias lejanas. Sólo uno de los jóvenes no esperó el turno, sino que se abalanzó a su encuentro con los brazos abiertos, gritando: "¡Mi General!" Era Vicente Pérez Rosales. Fué un momento de emoción incontrolable. En el rostro curtido del soldado brilló una lágrima de ternura. Chile le había salido al encuentro en el destierro, prodigándole su cariño.

Desde entonces, y a lo largo de todo el año de 1830, era frecuente ver pasear a San Martín acompañado del estudiante santiaguino bajo los hermosos árboles de las Tullerías. El pasado y el presente se daban allí cita estrecha y afectuosa. Sólo el regreso impostergable a la patria del mozalbeta paralizó el caudaloso diálogo. Veintinueve años después, el ya maduro Pérez Rosales vendría a reanudar con los objetos evocadores del héroe el hilo de una confidencia que superaba a la muerte.

